



# JAVIER SIERRA

EN BUSCA DE  
LA EDAD DE ORO



BESTSELLER

booket

## INTRODUCCIÓN

### El enigma «Q»

¿Quiénes somos?  
¿De dónde venimos?  
¿Adónde vamos?

Aquel artículo me dejó perplejo. Terminé de leerlo —ahora dudo que fuera por casualidad— mientras ultimaba los preparativos de mi primer viaje a Egipto. Corría el mes de marzo de 1995 y faltaba poco para que diera el esperado salto al país de los faraones.

Todavía hoy, cuando repaso las notas de aquellos ya casi olvidados días, me invade cierta sensación de irrealidad. No puedo evitarlo: sus ocho páginas de apretado texto y abigarrados cálculos me abocaron entonces a la investigación de un enigma de gigantescas implicaciones, abriéndome la puerta a un campo de trabajo en el que, de alguna manera, la más pura vanguardia científica y la más remota tradición histórica se daban la mano.

Iré por partes.

El informe al que me refiero<sup>1</sup> fue publicado a principios de aquel mismo año en la revista norteamericana *Astronomy and Astrophysics*. En él, dos astrónomos franceses —Daniel Benest y J. L. Duvent— se cuestionaban algo tan aparentemente trivial como si la estrella Sirio era o no un sistema estelar integrado por tres astros.

Como digo, me sobrecogí.

Ambos expertos llevaban años estudiando las anomalías orbitales de este peculiar cuerpo celeste —el más brillante del firmamento nocturno—, y habían formulado un modelo teórico para explicarlas que partía de la hipótesis de que Sirio era en realidad una estrella triple. La noticia era, en cualquier caso, sorprendente, pues desde mediados del siglo XIX Sirio había sido considerada una estrella binaria, integrada por dos soles.

El astro se encuentra, además, a tan sólo 8,7 años luz de nosotros y pese a su relativa cercanía a la Tierra a los astrónomos les había sido imposible confirmar visualmente la existencia de esa tercera componente estelar de la que hablaban Benest y Duvent.

Sirio A es, en efecto, una estrella muy luminosa. De hecho, su brillo impidió que alguien distinguiese a su segunda compañera —Sirio B— hasta 1862, fecha en la que el astrónomo norteamericano Alvan Clarke la ubicó por primera vez con su telescopio.<sup>2</sup> Clarke dedujo entonces que Sirio B era una estrella del tipo «enana blanca» y aportó la información necesaria para que otros determinaran que tardaba algo más de medio siglo —50,04 años exactamente— en completar una órbita alrededor de su hermana mayor. Es más, hasta más de un siglo después, en 1970, nadie fue capaz de fotografiarla.

Mi perplejidad, no obstante, iba más allá del simple enigma astronómico. Hasta cierto punto era lógico que me preguntara que, si tan difícil había sido demostrar la existencia de Sirio B, ¿qué otras dificultades no habría que vencer para detectar a Sirio C? Por de pronto, su descubrimiento era puramente matemático. Esto es, ni los franceses ni ningún otro astrónomo hasta la fecha habían sido capaces de detectar la tercera Sirio con instrumentos ópticos.

Pero, como digo, mi asombro no se apoyaba en aquellos cálculos. El misterio que se escondía tras este hallazgo radicaba, en realidad, en que mucho antes de que ningún astrofísico especulara con la existencia de un tercer miembro en el sistema estelar de Sirio, un antropólogo ajeno a la observación de los cielos ya sabía que ésta era una estrella triple.

Su fuente de información, naturalmente, no era matemática ni astronómica. Sus datos procedían de ciertas tradiciones africanas de varios siglos de antigüedad que se referían a esa región del cielo con una abundancia de detalles tal que sólo podían ser fruto de una imaginación desatada o el producto de una revelación ancestral de origen incierto.

Y en este caso, se trataba de lo segundo. Una revelación que nuestro antropólogo recogió entre la tribu de los dogones, en Malí, y que le obsesionó hasta su muerte en 1956. Me refiero al parisino Marcel Griaule.

## **Un misterio estelar**

Resumiré el enigma.

En las notas, artículos y libros de este concienzudo estudioso a los que he ido accediendo en estos últimos años,<sup>3</sup> figuran abundantes alusiones a la religión dogona y a su extraña insistencia en seguir la evolución de la estrella Sirio en sus cielos. A diferencia de Alvan Clarke, los dogones jamás poseyeron un telescopio y pese a ello veneraban a una «compañera estelar» de Sirio a la que llamaban Po Tolo. El suyo, como ya supondrá el lector, distaba mucho de ser un culto superficial. De Po Tolo parecían saberlo todo. Decían, por ejemplo, que se trataba de un astro «muy

pesado» e incluso celebraban unas fiestas cada cincuenta años para venerar cada una de sus grandes órbitas en torno a Sirio A. Sólo en fechas recientes hemos sabido que Sirio B es una estrella tan densa que «una cucharilla de té de su terreno pesaría aquí cerca de un cuarto de tonelada»<sup>4</sup> y que, en efecto, su período orbital es el dado por esta etnia africana.

¿Imposible?

Por si fuera poco, los dogones refirieron a Griaule la existencia de una tercera «compañera» a la que llamaban Emme Ya, de la que dijeron que era «cuatro veces más ligera» que Po Tolo, y que también emplea medio siglo en completar su órbita alrededor de la mayor de sus hermanas.

Los dogones se convirtieron en una pesadilla para Griaule casi desde su desembarco en África. Y con razón. Este antropólogo de aspecto circunspecto y escuálido, que llegó a Malí en 1931 al frente de una misión que llamó Dakar-Yibuti, se sintió cautivado por la vida y costumbres de todas las tribus de la región de Bandiagara, y sobre todo por sus peculiares cultos astronómicos. Pronto supo que malinkés, bambaras, bozos y dogones habitaban desde épocas remotas la entonces llamada África Occidental Francesa, entre las fronteras de Malí y del Alto Volta, y desarrollaron una cultura autóctona compleja. De hecho, de los primeros trabajos que este antropólogo envió a París se desprendía ya que aquellas cuatro etnias habían construido una sociedad madura, organizada en torno a prolongados procesos de iniciación y regida por castas poseedoras de ciertos secretos que les hacían poderosas y respetables a ojos de su pueblo. Pero ¿de qué secretos se trataba?

Intrigado, Griaule se ganó poco a poco la confianza de los nativos y fue accediendo a misterios que ningún hombre blanco había escuchado jamás. Sus primeras expedi-

ciones se desarrollaron entre 1931 y 1939, interrumpiéndose con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Fue un período muy fértil para sus investigaciones. Obtuvo abundantes placas en blanco y negro de la vida cotidiana y los ritos de muchos de estos pueblos, y se trajo consigo a París máscaras, utensilios domésticos y hasta cabañas enteras que después expondría el Museo del Hombre, en la plaza del Trocadero, en sus vitrinas.

Pero sus mejores trabajos aún estaban por llegar.

Poco podía imaginar Griaule lo que le esperaba al término de la contienda en Europa, a su regreso a Malí. En 1947, cuando el «primer mundo» se preparaba para la guerra fría, Griaule regresó a tierras dogonas. En Tombuctú reclutó a un teniente del ejército que resultaría clave en su nueva empresa, y se lanzó a una nueva campaña de visitas a la región de Bandiagara, cuna de la cultura dogona.

Koguem Dolo sería su nuevo intérprete. El mejor. De hecho, se vería obligado a emplearse a fondo en su trabajo, pues uno de los cuatro linajes locales, el de los Dyon, acababa de honrar al antropólogo con el beneficio de la compañía de Ogotemmeli, un guerrero y adivino del clan que le iniciaría en los secretos que el francés tanto deseaba conocer.

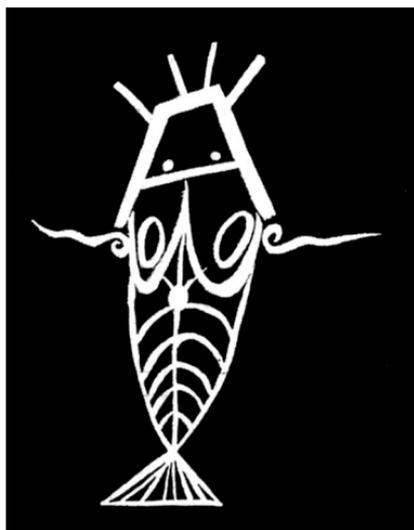
Lo que aprendió con Ogotemmeli en los tres años siguientes sobrepasó con creces todo lo que había recopilado durante los dieciséis anteriores en la región. Ogotemmeli dominaba el *dogo so*, la «palabra-lenguaje de los dogon», una especie de idioma ritual que sólo conocían los integrantes de cierta Sociedad de las Máscaras que, según supo después, preservaba un antiguo saber relacionado con el firmamento y los orígenes de la especie humana.

## Creencias compartidas

Ogotemmeli, pacientemente, explicó a Griaule que los dogones sólo tienen un dios principal. Lo llaman Amma, carece de forma definida y se le atribuye la venerable tarea de la creación del Universo. Amma creó también a las primeras criaturas independientes, a las que designó como «maestros Nommo». Según aquel iniciado de ojos brillantes, se trataba de unos seres mitad hombre mitad pez, que recibieron los sagrados nombres de Nommo Diç, Nommo Titiyayne y Nommo Q.

Hasta ahí, nada que se saliera de los cánones de cualquier religión local.

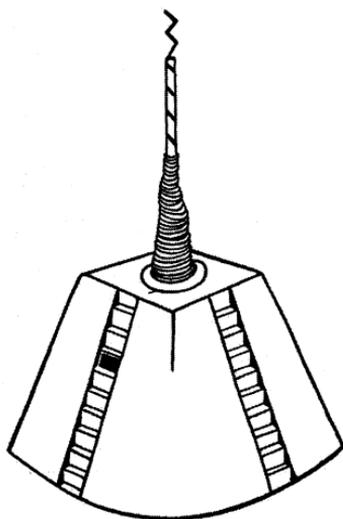
El adivino añadió, no obstante, que de éstos —especialmente de Q, a quien los dogones consideran el padre de la humanidad— surgió una nueva clase de seres, una estirpe



*Aspecto de Nommo Q en una clásica representación dogona.  
(Ilustración procedente del Archivo M. Griaule.)*

de cuatro «antepasados» que crearon a su vez a los primeros hombres, a los que repartieron en cuatro grandes familias.

Detrás de este proceso de creación desgranado por Ogotemmelí se escondía todo un drama cósmico. Ogo, el primer Nommo que descendió sobre la Tierra a bordo de un arca humeante para sembrar la vida en el planeta, pronto desencadenó el caos. Criatura impaciente y poco cuidada, el tal Ogo desobedeció las instrucciones de Amma, forzándole a enviar a tierras de África a otro Nommo para que reparara los errores del primero. El elegido fue Q, al que Amma llamó el «Nommo del mar»,<sup>5</sup> y terminaría siendo sacrificado en virtud a un extraño plan divino para resucitar después con aspecto humano y trayendo en su arca a los antepasados de los hombres.



*Hasta sesenta «habitaciones» podían llegar a tener las arcas voladoras de los dioses Nommo que trajeron la civilización a la Tierra. Generalmente eran representadas con este aspecto troncocónico. (Archivo M. Griaule.)*

Fue así, después de esta familiar historia,<sup>6</sup> como se inició la ancestral Edad de Oro de los dogones. Q enseñó a sus criaturas los secretos de su procedencia, instruyéndoles en detalles que hicieron palidecer al antropólogo. Por ejemplo, las descripciones del arca en la que llegó a la Tierra son de una minuciosidad extrema. Dicen que se trataba de un vehículo húmedo, dotado de sesenta compartimientos, y cuyo descenso coincidió con «la dispersión de los astros en el cielo y el inicio de sus revoluciones respectivas».<sup>7</sup> Se trata de una alusión que marca una fecha remota, tal vez una en la que determinadas estrellas hoy importantes comenzaron a hacerse visibles gracias al movimiento continuo de los astros en la bóveda celeste, y que nos remite a una época de la que hablaré con detalle en los capítulos venideros y que los egipcios bautizaron con el evocador título de «Tiempo Primero».

Las enseñanzas de ese misterioso Q al pueblo dogon contienen un bagaje de información científica de primer orden. Un saber indiscutible que incluso expertos como E. C. Krupp, director del Observatorio Griffith de Los Ángeles, se vieron obligados a reconocer... con matices. «Aunque no seamos capaces de identificar la fuente del misterio dogon de Sirio —escribió—, parece bastante acertado pensar que sus ideas astronómicas son tanto un compendio de buenos y malos aciertos como una memoria tergiversada con conocimientos astronómicos recientes con los que alguien contaminó las antiguas creencias dogonas.»<sup>8</sup>

## **Una encendida polémica**

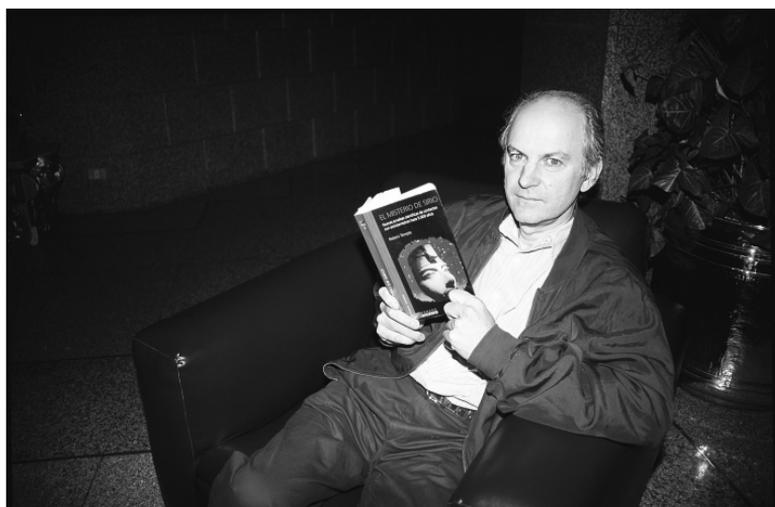
En efecto. Lo que sostiene Krupp, y con él una escueta lista de escépticos entre los que se cuenta el finado Carl Sagan,

es que los dogones debieron de absorber sus conocimientos astronómicos de visitantes europeos que cruzaron sus territorios entre 1925 y 1935. Eso explicaría por qué los antepasados de Ogotemmeli accedieron a detalles sobre las lunas de Júpiter o los anillos de Saturno sin disponer de telescopios, y por qué apenas aportaron datos sobre los planetas situados más allá de éste. «Toda la cuestión dogona —dirá uno de estos críticos— podría ser una simple teorización, ya que los datos originales de Griaule, sobre los que se construye toda su argumentación, son muy cuestionables. Su metodología junto a su intento de redimir el pensamiento africano, sus entrevistas con un solo informante a través de un intérprete, y la ausencia de textos en el lenguaje dogon han sido criticados durante años.

Esta hipótesis, no obstante, fue rápidamente contestada, ya que no todo se basa en una tradición oral procedente de una fuente única, sino también en utensilios de al menos cuatro siglos de antigüedad que ya representan la triplicidad de la estrella Sirio.

De hecho, probablemente nadie hubiera prestado la más mínima atención a los densos estudios de Griaule de no haber sido por la publicación, a mediados de los años setenta, del libro de un estudioso y miembro de la Royal Astronomical Society de Londres llamado Robert Temple. Titulado *El misterio de Sirio*,<sup>10</sup> su obra lanzó a la popularidad la idea de que podrían hallarse conocimientos muy avanzados encriptados en los mitos de sociedades primitivas, lo que demostraría la existencia de una Edad de Oro de alcance planetario hoy perdida.

Sin embargo, Temple, con quien me reuní en Egipto a principios del año 2000, llevó esa idea más lejos y terminó afirmando que «sólo veo dos fuentes posibles para resolver este misterio: o vino de una cultura desarrollada de origen



*Gracias a Robert Temple —con quien me reuní en El Cairo en marzo del año 2000— los descubrimientos del antropólogo Marcel Griaule sobre los conocimientos astronómicos de los dogones llegaron a conocimiento de la opinión pública. Temple arriesgó lo que Griaule no se atrevió a decir: que esos conocimientos les fueron entregados a los dogones por unos visitantes de fuera de la Tierra.*

terrestre cuyas huellas han desaparecido, cosa que encuentro difícil de creer, o la información llegó de una fuente extraterrestre».<sup>11</sup>

La sola mención de la palabra «extraterrestre» le cerró de golpe las puertas del mundo académico, algunos de cuyos representantes se empeñaron en enterrar este misterio a toda costa. Pero no lo lograron. Muchos de los críticos no leyeron jamás los trabajos originales de Griaule —que en ningún momento interpretó o especuló con la información que obtuvo—, y se dejaron llevar por las ideas de Temple, quien vinculaba a los Nòmmos con el dios Oannes babilónico, una criatura anfibia que llevó la civilización a los

sumerios, y a éste con una raza de extraterrestres llegados de un mundo acuático.

Sólo en una cosa estuvo realmente acertado Temple: en sugerir que el mito de Sirio estaba en realidad vinculado a otras muchas culturas de la antigüedad, y que éstas también conocían de alguna forma el secreto de su triple naturaleza. Aunque Temple sugiere que la inyección de ese conocimiento se produjo hará unos cinco mil años, otros estudiosos —no demasiado acordes con sus tesis— han encontrado trazas de ese «saber siriano» en latitudes muy alejadas de Malí. Por ejemplo, el término iranio para describir la estrella Sirio es *Tistrya*, inspirado en el vocablo sánscrito *Tristri*, que no tiene otra acepción más que la de «tres estrellas».<sup>12</sup> ¿De dónde obtuvieron los antiguos pobladores de Asia semejante idea?

Para colmo de coincidencias, en muchas de las representaciones egipcias de la estrella Sirio, a la que identificaban con la diosa Isis, se representa a esta divinidad sobre su barca estelar acompañada de sus hermanas menores Anukis y Satis. Eso por no hablar del descubrimiento efectuado por el astrónomo británico sir J. Norman Lockyer que ya confirmó hace años la orientación de muchos templos egipcios hacia Sirio, y el hecho de que su calendario sagrado —en oposición al popular, de carácter solar— se basaba en la observación del periódico nacimiento de ésta sobre el horizonte egipcio y servía para marcar la llegada de la crecida del Nilo.

Todo esto sólo puede significar una cosa: que, en efecto, existió una fuente común para un conocimiento astronómico complejo cuyas huellas pude seguir en diversos rincones del mundo. Una sabiduría fruto de siglos de observaciones precisas del firmamento que nuestros antepasados parecieron heredar de dioses anfibios, «compañe-

ros» de divinidades solares o mediante revelaciones de origen aún más oscuro.

Llegué incluso a pensar que sólo Nommo Q podría despejar tanto misterio, tanta coincidencia aparente, y en cierta manera la búsqueda de su poderoso legado se convirtió en mi obsesión durante algún tiempo.

El lector pronto comprenderá por qué.

## PRIMERA PARTE

# Astrónomos milenarios

Así como es arriba es abajo.

Adagio hermético

¿Ignoras acaso que Egipto es la copia del cielo o, mejor dicho, el lugar donde se transfieren y se proyectan aquí abajo todas las operaciones que gobiernan y ponen en marcha las fuerzas celestes? Además, si hay que decir toda la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero.

HERMES TRISMEGISTO  
a su discípulo Asclepio<sup>1</sup>



## EGIPTO: EL SABER MÁS ANTIGUO DEL MUNDO

### **Meseta de Giza. Marzo de 2000**

Malí y los dogones, no sé aún si por suerte o por desgracia, quedaban muy lejos de aquí.

Las últimas sombras del invierno oscurecían la febril ciudad de El Cairo que, como si de un monstruo perezoso se tratara, se resistía a despertar a tan tempranas horas. No me importó. Aunque apenas pasaban unos minutos de las cinco de la mañana, la tensión agarrotaba ya todos mis músculos. Y hacía frío. Bastante frío para un lugar como aquél.

Camuflado en medio de un grupo de treinta personas, a bordo de un confortable autobús Mercedes con el aire acondicionado bombeando calor, sorteamos la vigilancia del lado norte de la Gran Pirámide y enfilamos la lengua de asfalto que nos conduciría hasta el borde exterior del foso donde yace desde tiempo inmemorial la más fabulosa escultura hecha por mano humana: la Esfinge de Giza.

El silencio lo envolvía todo.

De setenta y tres metros de largo por veinte de alto, la



*Allí estaba. Puntual como un reloj suizo, justo al inicio del equinoccio de primavera, el 20 de marzo, cuando el Sol sale precisamente delante de los ojos de la Esfinge. Sin duda ésta fue construida para marcar ese momento especial del año.*

Esfinge es en realidad una roca natural a la que un día se le dio forma de león y que los elementos se encargaron después de desgastar sin piedad. Clavada frente a la segunda pirámide del conjunto y orientada con una precisión pasmosa hacia el este, esta roca confiere al paisaje una atmósfera casi sobrenatural.

La bestia de caliza no se inmutó al vernos llegar. Los árabes la llamaban *Abu-Hol*, un nombre que muchos trajeron como «padre del terror» y que a mí me resultaba poco menos que ininteligible. ¿Terror a qué? Inspiraba respeto, cierto, pero ¿terror? Los antiguos egipcios, mucho menos dramáticos que los árabes que les siguieron a partir del siglo x de nuestra era, la conocieron en cambio como *Hor-em-Akhet*, «Horus en el horizonte».

Y es curioso: a la luz de lo que aquel grupo de «infiltra-

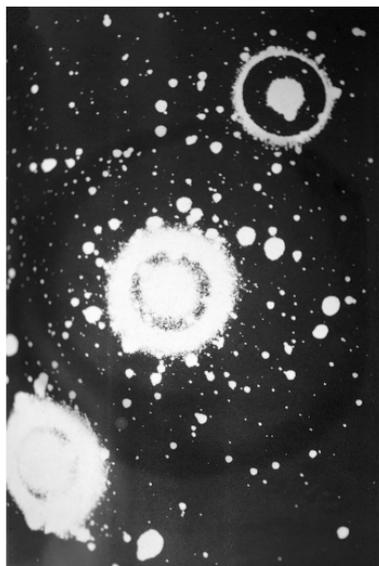
dos» se disponía a hacer, ésa debía de ser una de las pocas definiciones acertadas para el coloso. Los treinta visitantes nocturnos de la Esfinge habían cruzado el Atlántico sólo para vigilar la salida del Sol de aquel preciso día, situados justo entre las patas del león de piedra. Tal vez como hace al menos cuarenta siglos los sacerdotes-astrónomos del faraón hicieron en una jornada como ésta.

Y es que aquél no iba a ser un amanecer más.

Su autobús había sido fletado precisamente para que el grupo contemplara el primer equinoccio del año 2000 desde una atalaya tan especial. La excitación era evidente. Casi todos, seducidos por las recientes hipótesis que atribuyen a los monumentos de la meseta de Giza conexiones con determinados cuerpos celestes, habían elegido una agencia de viajes especializada en «excursiones místicas»<sup>2</sup> para sentir la energía de la Esfinge aquel 20 de marzo.

Callé prudentemente. A fin de cuentas, había conseguido sumarme a aquella expedición que contaba con todos los parabienes de los responsables arqueológicos del área de las pirámides, y no era cuestión de alterar un programa que me brindaba la oportunidad de hacer ciertas comprobaciones arqueoastronómicas *in situ*. No olvidaba que gracias a aquel grupo había logrado sortear el celo de unas autoridades que prefieren ni oír hablar de las funciones astronómicas de sus monumentos. A ellos, todo lo que se refiera a conocimientos avanzados procedentes de fuentes de sabiduría ancestrales y desconocidas les hace desconfiar. La Atlántida, los extraterrestres o las «hermandades secretas» de constructores minusvaloran, según su manera de ver las cosas, unas obras que edificaron con esfuerzo y tensión sus antepasados.

Pero el misterio es el misterio. La Esfinge y las pirámides no sólo resultan un enigma de tremendas implicaciones



*Allí estaba. Puntual como un reloj suizo, justo al inicio del equinoccio de primavera, el 20 de marzo, cuando el Sol sale precisamente delante de los ojos de la Esfinge. Sin duda ésta fue construida para marcar ese momento especial del año.*

por sus anomalías físicas —bloques de hasta doscientas toneladas (casi el peso de trescientos coches) pueden hallarse en la meseta de Giza—,<sup>3</sup> sino por cuestiones más formales, como la ausencia de inscripciones de la época de su construcción que ayuden a entender quién las levantó y por qué. Sin esas inscripciones, sin el cuerpo de un solo faraón descubierto en el interior de una pirámide,<sup>4</sup> y rodeados de los monumentos más grandes jamás diseñados por el hombre, el misterio sigue vigente desde hace siglos.

Preparé el trípode y la cámara fotográfica, y con cuidado cargué una película especial en el tambor de la Canon, disponiéndome a inmortalizar todo lo que pudiera ocurrir.

Lo primero que comprobé fue la ubicación estratégica de la policía arqueológica. Debía estar atento. No sólo había entrado camuflado en el recinto de la Esfinge en plena madrugada, durante la primera noche del equinoccio de primavera del nuevo milenio, sino que además lo hacía acompañado de la «bestia negra» que llevaba seis años poniendo en jaque a las celosas autoridades egipcias con sus teorías: Robert Bauval.

## La teoría de Orión

Este ingeniero nacido en Alejandría, de familia belga y maltesa, había saltado a la escena pública en 1994 gracias a un ensayo en el que trataba de explicar la peculiar disposición de las tres pirámides de Giza y responder a la pregunta de por qué la menor de ellas —la atribuida al faraón Micerinos, de la IV dinastía— se construyó desviada de la diagonal que unía las otras dos. En su estudio *El misterio de Orión*,<sup>5</sup> Bauval argumentaba que la clave para descifrar ese enigma residía en el firmamento. Según él, los antiguos constructores de pirámides levantaron el monumento de Micerinos desviado del eje imaginario sobre el que se asientan Keops y Kefrén porque así imitaban la disposición de las tres estrellas del llamado «cinturón de Orión».

La idea tuvo pronto otras confirmaciones. Y una de ellas tenía miles de años de antigüedad: los llamados *Textos de las pirámides*. Se trata de un conjunto de escritos hallados en «tumbas» de la V dinastía (2465-2323 a.C.), en Sakkara, en el que se contiene la literatura religiosa más antigua que se conoce. Estas inscripciones comenzaron a esculpirse unos setenta años después de darse por terminada —al menos según la arqueología ortodoxa— la última

de las grandes pirámides de Giza. Su proximidad cronológica, por tanto, puede revelarnos mucho acerca de la función exacta de estas montañas de piedra, y despejar la duda de si éstas cumplieron alguna vez una función astronómica.

Estos *Textos de las pirámides* comenzaron a ser estudiados en 1881 por el egiptólogo francés Gastón Maspero, y aunque constituyen una de las fuentes documentales más impresionantes del mundo antiguo, son aún relativamente poco conocidos fuera de los círculos especializados.

Lo sorprendente, en cualquier caso, no es su edad, sino lo que narran. «Estos documentos —escribió Bauval— dicen en términos absolutamente inequívocos que el difunto rey Osiris se convertía en una estrella en la constelación de Osiris-Orión.»<sup>6</sup>

Para Bauval aquel hallazgo fue un triunfo. Demostraba sin género de dudas que la imitación del «cinturón de Orión» no fue una decisión caprichosa de los antiguos constructores de pirámides. Todo lo contrario. Más bien se trataba de la consecuencia última de alguna clase de teología estelar hoy completamente olvidada. O casi.

Con la edición en inglés de los *Textos de las pirámides* elaborada por R. O. Faulkner<sup>7</sup> sobre su mesa de trabajo, Bauval transcribió algunos pasajes inequívocos que confirmaban parcialmente su teoría:

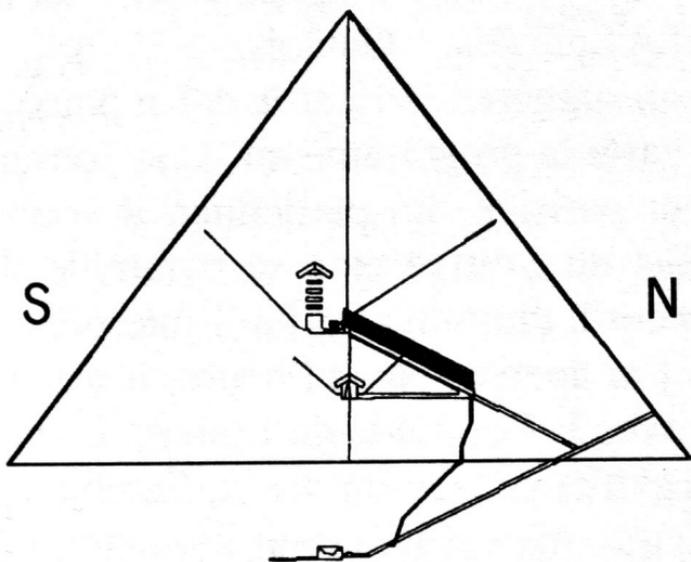
Oh rey, eres esta Gran Estrella, la Compañera de Orión, que atraviesa el cielo con Orión, que Navega el Otro Mundo (Duat) con Osiris; asciendes por el este del cielo, te renuevas en tu debida estación y rejuveneces a tu debido tiempo. El cielo te ha parido con Orión... (TP 882-883).

Y estas mismas inscripciones añadían más adelante:

El rey es una estrella... (TP 1583).

El rey, una estrella brillante y que viaja lejos [...] el rey aparece como una estrella... (TP 262).

No hay duda, pues. Los egipcios identificaban al rey muerto con su dios Osiris, y a éste con la constelación de Orión, y creían que el faraón, tras su óbito, emprendía un viaje lleno de dificultades hacia el más allá, en donde se convertiría en inmortal pasando a engrosar el número de astros del firmamento. Pero ¿y las pirámides? ¿Qué papel cumplieron en este empeño? ¿Sirvieron acaso como «máquinas» para guiar las almas de los reyes hacia su reposo eterno en los cielos? ¿No sería ésa una aplicación más lógica que la de meras tumbas?



*Distribución del interior de la Gran Pirámide. Las líneas delgadas que parten de las cámaras del rey y la reina corresponden a los mal llamados «canales de ventilación».*

Algo así cree Robert Bauval que, además, pronto sumó a su teoría los hallazgos realizados en 1964 por el egiptólogo Alexander Badawy y la astrónoma Virginia Trimble. Los descubrimientos de esta pareja en las pirámides se ajustaban como un guante a las nuevas ideas de Bauval.

Ambos estudiaron con especial detenimiento los dos conductos, de unos 20 x 20 centímetros de lado, que partían de la Cámara del rey de la Gran Pirámide y que atraviesan toda la mampostería del edificio hasta salir al exterior. Tradicionalmente considerados como «canales de ventilación» — pese a lo ridículo que resulta sostener esa idea en relación a una tumba—, Badawy y Trimble quisieron comprobar si aquellas galerías tenían otra función. Tal vez la tarea simbólica de guiar el alma del faraón hacia ciertas estrellas a las que podían estar alineados los dos estrechos conductos.

Su intuición dio en el blanco. Lo primero que hizo Badawy fue desestimar que los conductos que estaba estudiando sirvieran para ventilar el recinto. De haber sido diseñados para esa función, los constructores no los hubieran hecho tan empinados, sino que se hubieran limitado a trazar unos canales horizontales, enfrentados el uno al otro, dejando que el aire se introdujera en el monumento formando una agradable y renovadora corriente. Pero no era así. Los canales tenían una inclinación de 44,5 grados el conducto sur, y 31 el norte,<sup>8</sup> lo que llevó a sospechar a Trimble de su alineación estelar y a desestimar su propósito oxigenador. ¡Y lo demostró!

Ajustando los datos de la inclinación de los canales al firmamento nocturno que podía contemplarse sobre Giza hacia el 2600 a.C., Trimble verificó que el canal sur apuntaba directamente hacia la región del cielo en la que se encontraba el cinturón de Orión. Ninguna otra estrella de gran

magnitud podía verse desde esa posición. ¿Casualidad? Ni Badawy, ni ella, ni por supuesto Bauval cuando comprobó sus datos con mediciones más precisas e instrumental mucho más moderno, creían a esas alturas ya en ella.<sup>9</sup>

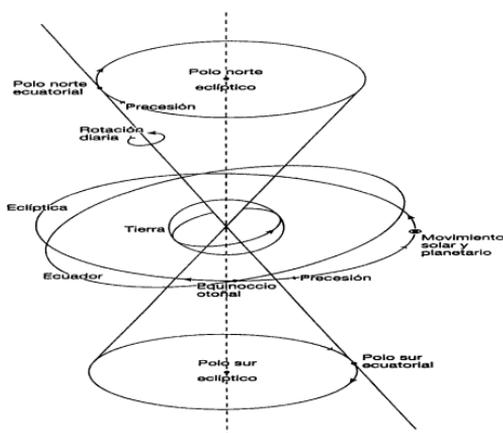
### **Algunas consecuencias no previstas**

Todos estos descubrimientos condujeron a Robert Bauval a desarrollar la hipótesis de que detrás de la construcción de las pirámides se escondía un magnífico plan astronómico. Un plan exacto, pulcro, cuyo descubrimiento precedió a otros de similar naturaleza.

Hasta cierto punto era previsible. Si la teoría de la correlación de las pirámides con el cinturón de Orión era tan correcta como parecía, ¿por qué no pensar que el resto de monumentos de Giza tuvieron también un significado astronómico para sus constructores? ¿Por qué no iba a tenerlo, sin ir más lejos, la propia Esfinge?

En uno de sus últimos libros,<sup>10</sup> Bauval afirmaba que la Gran Esfinge había sido construida, entre otras cosas, como una especie de gran marcador de equinoccios. Durante dos días al año (alrededor del 21 de marzo y el 21 de septiembre, al principio de la primavera y el otoño, respectivamente), el día y la noche tienen exactamente la misma duración. Además, a diferencia de los solsticios, el Sol durante esos dos momentos surge exactamente por el este, proporcionando un dato geoastronómico de inestimable valor para la fijación del resto de los puntos cardinales.

Los egipcios dieron su justa importancia a este fenómeno, orientando la Esfinge hacia el lugar equinoccial del horizonte de Giza. *Hor-em-Akhet* era, pues, el guardián del horizonte.



*La Tierra realiza varios movimientos simultáneamente. Uno diario alrededor de su propio eje, otro anual alrededor del Sol y un tercero —llamado «de precesión»— en el que el eje longitudinal de la Tierra se mueve como una peonza trazando un giro completo cada 26.000 años.*

—Señalarlo con un monumento así de inequívoco —me explicó Bauval frente a la Esfinge, en aquel amanecer del equinoccio de 2000—, debió de hacerse con la intención de indicar a las generaciones posteriores un punto de referencia fundamental. Una señal para los iniciados en el arte astronómico de que toda Giza era un «reflejo del cielo», y que actuaba de ancla entre el mundo de arriba y el de abajo.

No le respondí.

## **El espejo celestial**

Aquella idea no era del todo nueva. A finales de 1998, menos de dos años antes del viaje de Bauval y mío a Egipto, las

principales librerías norteamericanas recibían un nuevo «huésped». Se trataba del último trabajo del escritor e investigador de enigmas históricos Graham Hancock. Conocido por sus excelentes ensayos previos sobre el Arca de la Alianza<sup>11</sup> y la existencia de una avanzada civilización que vivió antes de la última era glacial en la Antártida,<sup>12</sup> su nueva obra, *El espejo del paraíso*,<sup>13</sup> era el resultado de varios viajes realizados por él y su esposa Santha en busca de pruebas que demostrasen que en la noche de los tiempos ya existieron pueblos con avanzados conocimientos astronómicos. Culturas que no se limitaron a marcar «lugares equinocciales» sino que incluso conocían fenómenos tan sutiles —a la vez que importantes— como la precesión.

Ésta, a grandes rasgos, demuestra que las estrellas no están siempre fijas en el firmamento, sino que se desplazan siguiendo un ritmo muy particular y difícil de calcular. La existencia de ese movimiento se deduce, no obstante, de la minuciosa observación de los movimientos de las estrellas en la bóveda celeste a través de los siglos. Se trata de un desplazamiento casi imperceptible —apenas un grado en el firmamento cada setenta y dos años— que surge como consecuencia del viaje de la Tierra a través del espacio.

La Tierra, además de sus conocidos movimientos de rotación —sobre sí misma— y de traslación —alrededor del Sol— posee otro más, que hace que el eje del planeta oscile como una peonza, trazando un círculo imaginario en los cielos que completa cada 26.000 años aproximadamente. Y alguien, en el pasado, sin satélites ni ordenadores, sin planisferios ni calculadoras, se dio cuenta de ello.

La idea, sin embargo, tampoco era de Hancock. Antes que él, científicos como la doctora Hertha von Dechend, de la Universidad de Frankfurt, y Giorgio de Santillana, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, defendieron en un

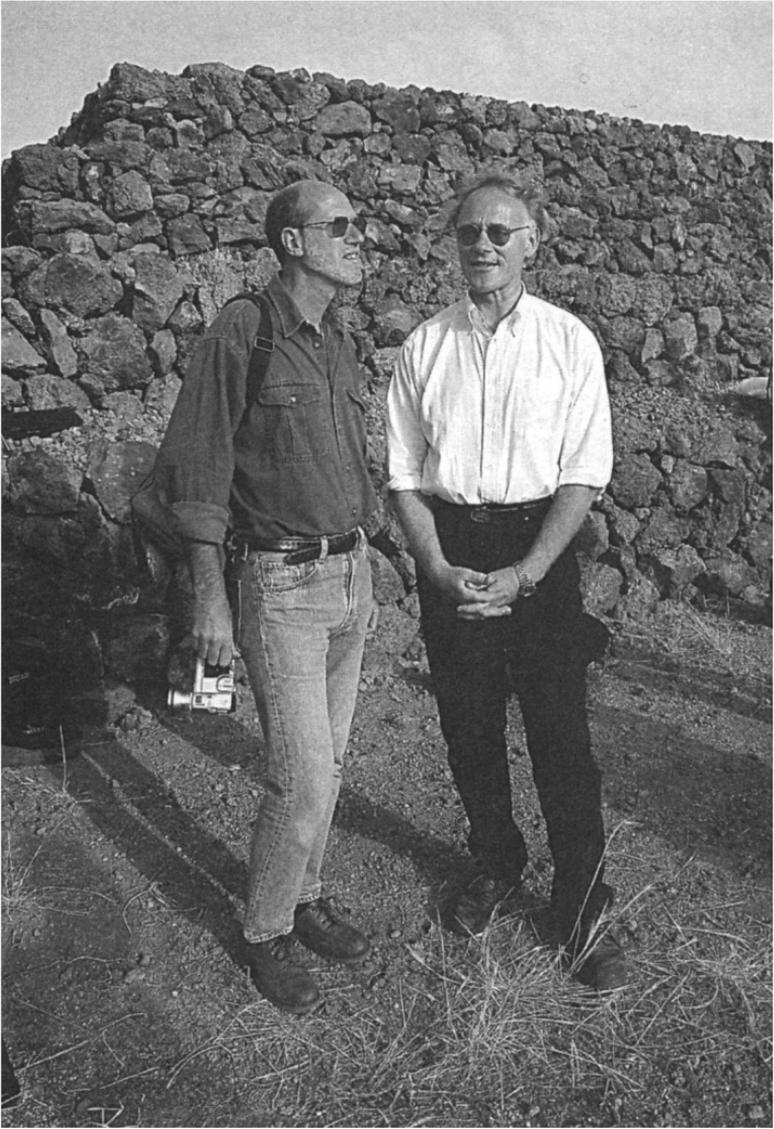
ensayo publicado en 1969<sup>14</sup> que en los mitos de pueblos de todo el mundo existen suficientes indicios para sostener la existencia de un saber astronómico al que sólo accedían ciertas castas de iniciados. Un saber al que estos profesores le atribuyen al menos ocho mil años de antigüedad y que comprendía la anotación y comprensión del fenómeno de la precesión.

Es más: ambos terminan reconociendo que antes del inicio de las civilizaciones sumeria o egipcia debió de existir una «casi increíble civilización ancestral» que culturizó Egipto, Sumer, India, Grecia y México, dejando huellas profundas en sus sistemas de creencias. Quizá ello explique por qué todos estos pueblos construyeron pirámides o terrazas escalonadas orientadas a determinados «accidentes» astronómicos, por qué veneraban serpientes como criaturas dadoras de conocimiento o por qué sus respectivos cultos perseguían la consecución de la inmortalidad del ser humano.

## **Los compañeros de los dioses**

Supongo que el destino funciona así. Y supongo también que quien maneja sus hilos debió de prever algo semejante.

En 1993 Graham Hancock y Robert Bauval se encontraron y aunaron esfuerzos para desarrollar, entre otras cosas, la teoría de la correlación de Orión con las pirámides de Giza. Ambos compartían, sin saberlo, el mismo agente literario, y Hancock había oído hablar de Bauval durante el escándalo que siguió a la divulgación de unas imágenes tomadas en la Gran Pirámide por un pequeño robot en el «canal de ventilación» de la pared sur de la Cámara de la reina. En las tomas, filmadas por un sofisticado ingenio



*Robert Bauval y Graham Hancock han revolucionado las bases de la egiptología con su propuesta de que las pirámides y la Esfinge de Giza imitan posiciones celestes del año 10500 a.C. Ellos creen que los antiguos egipcios eran consumados astrónomos.*

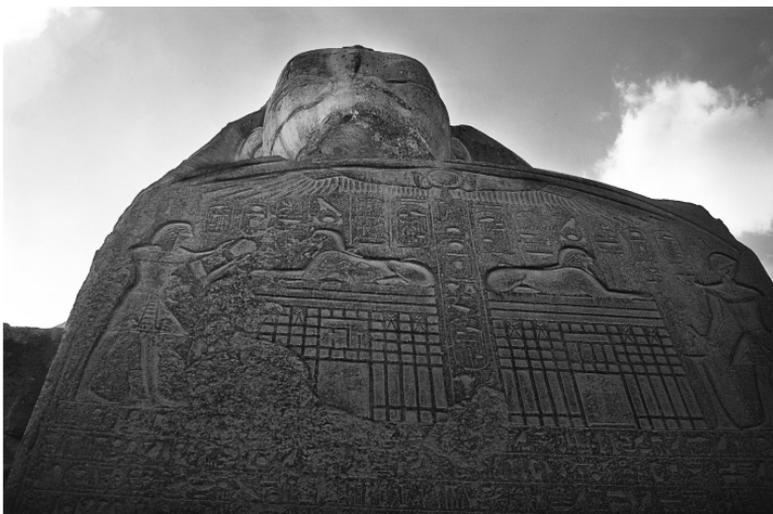
construido por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink, aparecía una especie de pequeña puerta de piedra a sesenta metros de profundidad dentro de la pirámide, que bien podría flanquear el paso a una cámara intacta en el seno del monumento.

Los responsables de aquel trabajo científico decidieron actuar con prudencia y no divulgar las imágenes, pero Gantenbrink, a través de Bauval, hizo llegar sus tomas a la opinión pública, generando un considerable escándalo internacional y reactivando, sin querer, el interés de miles de personas por los misterios del antiguo Egipto.

Ya entonces, tiempo antes de que *El misterio de Orión* y *Las huellas de los dioses* se publicaran, ambos decidieron aunar esfuerzos y elaboraron un plan de trabajo alrededor de la Esfinge que se puso en marcha en mayo de 1995.

Su asociación, sin embargo, superó todas las previsiones. Un año después no sólo habían demostrado que la situación de las estrellas Al Nitak, Al Nilam y Mintaka —las tres que conforman el cinturón de Orión— fueron la fuente de inspiración para la disposición de las tres grandes pirámides de Giza, sino que éstas se construyeron para marcar una determinada posición de la constelación de Osiris en los cielos: exactamente su situación más baja sobre el horizonte egipcio, en el equinoccio de primavera de 10500 a.C.

En el cielo de esa fecha, reconstruido en sus ordenadores gracias al programa *Skyglobe*, que «mueve» las estrellas a las posiciones que ocupaban en el día y año que se introduzca en su base de datos, el cinturón de Orión tenía exactamente la misma orientación en el cielo que las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Y aún hay más. Ambos descubrieron que «al amanecer del equinoccio vernal de 10500 a.C., estando el Sol a unos 12 grados por debajo del hori-



*Bajo la Esfinge se levanta una estela de granito que define a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero». ¿Corresponde ese «Tiempo Primero» al 10500 a.C.?*

zonte, la Gran Esfinge miraba directamente a su contrapartida celeste, la constelación de Leo, que tuvo lo que los astrónomos llaman su orto helíaco en ese momento».<sup>13</sup>

Y, por lógica, surgió su último hallazgo: que en esa fecha remota, en el horizonte del sur de Giza, exactamente por el mismo lugar donde se perdía el Nilo, emergía allí mismo el brazo blanco de la Vía Láctea, el «Nilo celestial» de los habitantes de aquella región.

¿Qué quería decir todo esto? Fácil. Que Giza era un reflejo especular de una situación estelar lejanísima en el tiempo. Era algo así como la hoja de un calendario de enormes proporciones que marcaba aquella fecha concreta.

Bauval y Hancock se quedaron perplejos. ¿Qué ocurrió en el año 10500 a.C. que mereciera la pena «recordarse» en piedra? Al principio, se desesperaron. En ese mo-

mento de la historia no existía aún la civilización egipcia según la arqueología ortodoxa. Entonces, ¿por qué los constructores de las pirámides «marcaron» esa fecha con tanta exactitud?

Buceando en la cronología de Egipto escrita por los propios habitantes del Nilo —como la redactada por el sacerdote heliopolitano Manetón, hacia el siglo III a.C., o la contenida en textos como la Piedra de Palermo y el Papiro de Turín—, se descubre que los constructores de pirámides se referían con frecuencia a cierto «Tiempo Primero» o *Zep Tepi*, en el que la Tierra estuvo gobernada por dioses poderosos.

Esa Edad de Oro es referida incluso en la Estela del Sueño, que el faraón Tutmosis IV (1401-1391 a.C.) ordenó colocar entre las patas de la Esfinge. La estela en cuestión se refiere a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero»,<sup>16</sup> en clara alusión a la vinculación de esta zona con aquel instante —¿mítico?— en el que los dioses regían Egipto.

En 1996, en su libro *Guardián del Génesis*, ambos autores terminarían desglosando una antigua creencia egipcia según la cual en ese oscuro período de tiempo el Nilo estuvo gobernado por unos enigmáticos *Shemsu-Hor* o «compañeros de Horus». Al parecer, se trataba de una estirpe de seres semidivinos que gozó de grandes conocimientos astronómicos y que legó a sacerdotes y faraones su sabiduría en forma de relatos míticos y lugares señalados. Éstos, pues, a falta de otros candidatos, debieron de ser los que orientaron las pirámides hacia la posición de Orión en 10500 a.C., los que situaron a la Esfinge mirando el punto del horizonte por donde en aquella fecha emergía la constelación de Leo (la Esfinge, no lo olvidemos, es un león con cabeza humana) y quienes se dieron cuenta de la circuns-

tancia de que hace más de doce mil años la Vía Láctea emergía en el mismo lugar del horizonte de Giza por donde se perdía el Nilo de vista. Todo un espejo del cielo.

Hasta hoy nos han llegado referencias de aquellos *Shemsu-Hor* en las paredes de templos como Edfú o Dendera, en el Alto Nilo, donde los jeroglíficos indican que los cimientos de esos recintos descansan sobre los de otros templos ancestrales construidos por estos misteriosos personajes. Era como si allí hubieran pretendido «marcar» algo. Pero ¿qué?

La identidad de estos «sabios» antiguos es un enigma. De ellos apenas sabemos que se sintieron fascinados por la estrella Sirio —que más tarde encarnaría la diosa Isis—, y por la constelación de Orión, contrapartida estelar de Osiris. Y que templos como Edfú los orientaron no a los lugares de salida y puesta del Sol como fue común en Egipto, sino a los puntos por donde emergían las constelaciones de Orión en el sur y la Osa Mayor en el norte. Y así, templos o pirámides han comenzado a ser vistos a raíz de los trabajos de Hancock y Bauval como «máquinas astronómicas» afines a la creencia egipcia de que el alma de los difuntos debía atravesar una serie de pruebas hasta alcanzar un lugar en el firmamento, el Duat, por donde ingresar al Amenti, al más allá. Estas construcciones debieron de servir para guiar ese camino .

Pero ¿se trata sólo de una creencia egipcia? En *El espejo del paraíso*, Hancock afirma que no. A fin de cuentas, la idea de los sabios astrónomos fundadores de civilizaciones se encuentra también en México, donde sus antiguos pobladores veneraron a un rey-dios llamado Quetzalcóatl, que dio las indicaciones pertinentes para edificar el complejo piramidal de Teotihuacán, cuya función simbólica parecía ser la de «convertir a los hombres en dioses» y la de marcar



*Subí hasta la cima de la pirámide del Sol, en Teotihuacán. Al lugar en el que la tradición local dice que los hombres se convierten en dioses.*

el movimiento de la constelación de las Pléyades. Algunas tradiciones nahuales describen someramente ese proceso y cómo éste era controlado por unos misteriosos «seguidores de Quetzalcóatl»,<sup>17</sup> también versados en los secretos del Universo. Tanto que la avenida de los Muertos de este complejo es, según demostró en los años veinte Stansbury Hagar, del Instituto Brooklyn de Artes y Ciencias, una representación de la Vía Láctea como camino a recorrer por los difuntos hasta el más allá. Y eso por no hablar de otros enclaves como Uxmal, con templos distribuidos a imitación de Aries, Tauro o Géminis, o Uatlán a imagen de Orión.

«Muchas, si no todas las ciudades mayas —escribió—<sup>18</sup> fueron diseñadas para reflejar en la Tierra el supuesto diseño de los cielos... En cuatro lugares —Uxmal, Chichén Itzá, Yaxchilán y Palenque— puede ser reconocida una secuencia zodiacal casi completa.»<sup>19</sup>

## Hace doce mil años

Con todo, la aportación más destacada de Hancock, su tesis de que hubo un grupo de astrónomos ancestrales que crearon observatorios a lo largo de todo el planeta cuyas edificaciones imitaban determinadas constelaciones, está vinculada a los santuarios camboyanos de Angkor.

Construidos entre los siglos IX y XII de nuestra era por monarcas de la dinastía Jemer, los templos de Angkor son unas impresionantes construcciones de piedra sembradas de motivos serpentiformes. La tradición que los acompaña habla de unos misteriosos «Nagas» o «reyes-cobra» de características semidivinas, cuyos retratos y símbolos aparecen esculpidos por doquier. Aparte de lo que los textos védicos dicen de ellos, poco se sabe de estos Nagas salvo que llegaron a Angkor para «marcar el lugar».

Curiosamente, Angkor se encuentra exactamente a 72 grados al este de Giza —un número precesional, como vimos—, y la disposición de sus 72 (!) templos parece imitar la constelación del Dragón sobre el mapa de la región. Orientados aquéllos con precisión a los cuatro puntos cardinales, Hancock quiso hacer *in situ*, en 1997, una comprobación elemental: descubrir qué posición ocupaba la constelación del Dragón en el equinoccio de primavera de 10500 a.C.

La respuesta del *Skyglobe* casi le dejó petrificado. En ese momento, las estrellas del Dragón estaban en su punto más bajo del horizonte, justo en el norte, tal y como sucedía con las pirámides de Giza y Orión. Es más, desde Angkor en esa fecha podía verse Leo en el este y Orión en el sur, marcando los ejes del cielo. ¿Era Angkor otra página de ese «calendario geográfico» descubierto en Giza? ¿Y cómo se transmitió esa tradición a través de los siglos que separan la IV dinastía de los señores de Angkor?

Investigaciones posteriores revelaron demasiados puntos de coincidencia entre Camboya y Egipto: ambos conjuntos se edificaron a toda prisa en menos de cuatro siglos, en ambos se practicaban ceremonias similares para hacer «vivir» las estatuas de sus líderes, en ambas culturas se creía que un dios pesaba las almas de los muertos en un juicio, acompañado por otras divinidades que cumplían idénticas funciones; y por si fuera poco el propio nombre de Angkor tiene un significado propio en el lenguaje de los faraones: *ankh hor* significa algo así como «Horus vive».

Hancock sostiene, pues, que Angkor fue una especie de marcador o mojón geodésico plantado en Camboya para reflejar la constelación que en el 10500 a.C. se encontraba marcando el norte geográfico. Siguiendo su lógica, en el pasado una civilización X distribuyó mojones semejantes por todo el planeta con arreglo a números propios de la precesión como el 72 (que marca el número de años que tardan las estrellas en recorrer un grado en el cielo), el 108 (72 más su mitad, 36; esto es, 1,5 grados de desplazamiento) o el 54 (la mitad de 108). Y su propósito —o al menos uno de ellos— debió de ser el de anclar en tierra una fecha estelar concreta... por algo que Hancock no revela.

## **De la Polinesia a las catedrales**

Y es que a 54 grados al este de Angkor se encuentra la isla de Pohnpei, en pleno océano Pacífico, y en donde —como en Egipto y Camboya— floreció una cultura que dejó grandes construcciones de piedra que hoy configuran varios templos y casi un centenar de islas artificiales construidas con basalto y coral. Por Pohnpei, y más específicamente por su santuario de Nan Madol, pasaron antes investigado-

res como Andreas Faber-Kaiser<sup>20</sup> o Erich von Däniken,<sup>21</sup> sin hallar apenas respuestas al enigma que plantea una cultura capaz de mover ingentes toneladas de piedra en medio del más duro aislamiento geográfico.

Como en los enclaves anteriores, en Nan Madol también se habla de dioses reyes —seres semidivinos— que edificaron el santuario, construyeron las islas y dejaron una tradición que hablaba de las pruebas a superar por los difuntos antes de ingresar en una región estelar. Olosopa y Olosipa, los dioses constructores en cuestión, también fueron excelentes astrónomos y dejaron su legado —si hemos de creer en la cronología ortodoxa— en las mismas fechas en que se edificó Angkor. Lo verdaderamente curioso es que, como en Egipto, Angkor y Nan Madol se edificaron sobre enclaves sagrados ancestrales de origen desconocido. Lugares previamente «marcados» por los dioses.

Algo parecido sucedió también con las primeras catedrales góticas europeas, edificadas en lugares sagrados paganos hacia los siglos XI y XII, en plena efervescencia arquitectónica en Camboya y Pohnpei. Uno de los primeros en darse cuenta de esa conexión estelar fue Louis Charpentier, autor del sugerente ensayo *El misterio de la catedral de Chartres*.<sup>22</sup> Este investigador francés afirmó que las catedrales francesas de Reims, Chartres, Amiens, Bayeux, Évreux, Étampes, Laon y Notre-Dame de l'Épine reproducían sobre el suelo de Francia la constelación de Virgo. Ese «mapa» fue confeccionado, según Charpentier, siguiendo las indicaciones de un grupo de iniciados de la Orden del Temple que heredó su sabiduría de fuentes ancestrales en Jerusalén, adonde pudo llegar desde Egipto. De lo que se trataba era de crear «entradas al Reino de Dios —escribió— y eso requiere una ciencia más sofisticada que la de los cálculos de fuerzas y resistencias».

Los cálculos de Charpentier han sido revisados por numerosos autores desde la publicación de su libro sobre Chartres. Casi todos coinciden en señalar que las catedrales citadas por él no dibujan nada parecido a Virgo, aunque otros monumentos góticos sí parecen reflejar en tierra constelaciones como la Osa Mayor,<sup>23</sup> también conocida como el Gran Carro. Por el momento, Hancock no ha prestado atención a estos monumentos celestes europeos.